

Dear Parish Family of St. Francis

Do I dare say it – the word school? From the back-to-school ads on TV to the discount signs for spiral bound notebooks at Wal Mart, we can't help but notice that the school year will start soon. That means Trinity High School will be in full gear come August 25. As some of you know, I serve as chaplain at Trinity High School as well as assistant priest here at St. Francis. This week Fr. Anthony asked me to write an update on our parish's relationship with Trinity.

Trinity is located in Camp Hill, PA. And you might be thinking, "why would a priest be assigned to a high school all the way across the river? We've always worked with McDevitt." Good question. When it came time for me to be reassigned last year, the diocese needed a priest for Trinity, and I was the closest one who was available. God clearly had this planned.

Since our relationship with Trinity formed in June of 2025, the school has used every service opportunity to help our parish. Multiple times a year busses of students come to work in the soup kitchen and around the parish. It's amazing to see high school youth exploring their comfort zones with the less fortunate by cooking, serving food, and socializing.

I can remember two distinct groups of students on this service day in the soup kitchen. One of which was a group of very timid girls who most likely have never been outside of their suburban comfort zone. They looked nervous but willing. The expression on their faces said something like, "These people look scary. How to I talk to them?" They volunteered to hand out small food items, and when it came time to eat, I encouraged them to sit with a stranger. They cautiously approached a table with two strangers who allowed the girls to join them for lunch while I attended to something else. By the end of the lunch, the girls had already exchanged life stories with the strangers. I almost had to pull them away when it was time to go. I knew that they realized something beautiful yet sobering – that all humans are the same at the very core, but being homeless is just one bad accident away. The girls experienced compassion that day.

Another group of students that day was a fun and rowdy group of teenage boys, eager to shoot the breeze with the soup kitchen guests. Before the doors opened for lunch, they asked to go outside and spend time with the people waiting for lunch. I accompanied them. Immediately they were talking sports and bobbing their heads to the beat of the rap music that our guests were playing. When it came time for lunch they sat down with one older gentleman and he told them his life story. The boys learned the same lesson that the girl students did. And, like the girls, the boys did not want to leave, saying "this was the best service trip I've ever done."

In the end, St. Francis of Assisi Parish's relationship with Trinity High School is teaching the students something they could never learn in class – compassion. There will be many more students visiting St. Francis this school year. I am confident that they will remember this experience forever so that they can have compassion for the less fortunate both now and in adulthood.

Fr. Peter Rettig

Querida familia parroquial de San Francisco

¿Me atrevo a decir la palabra «escuela»? Desde los anuncios de regreso a clases en la televisión hasta los letreros de descuentos en los cuadernos de Wal-Mart, no podemos evitar notar que el año escolar comenzará pronto. Eso significa que, para el 25 de agosto, Trinity High School reanudará las clases. Como algunos de ustedes saben, además de asistir aquí en San Francis como sacerdote, también sirvo como capellán en la escuela secundaria Trinity High School. Esta semana, el padre Anthony me pidió que escribiera una actualización sobre la relación de nuestra parroquia con Trinity.

Trinity está ubicada en Camp Hill, Pennsylvania. Y quizás estén pensando: «¿Por qué asignaron a un sacerdote a una escuela secundaria al cruzar el otro lado del río? Siempre hemos trabajado con McDevitt». Buena pregunta. Cuando llegó el momento de ser reasignado el año pasado, la diócesis necesitaba un sacerdote para Trinity, y yo era el que estaba disponible y vivía más cerca. Claramente, Dios ya tenía esto planeado.

Desde que nuestra relación con Trinity comenzó en junio de 2025, la escuela ha aprovechado cada oportunidad de servicio para ayudar a nuestra parroquia. Varias veces al año, grupos de estudiantes llegan en autobús para trabajar en el comedor comunitario y colaborar en distintas tareas alrededor de la parroquia. Es increíble ver a los jóvenes de la escuela secundaria salir de su zona de confort y acercarse a personas menos afortunadas, cocinando, sirviendo comida y compartiendo con ellas.

Recuerdo a dos grupos distintos de estudiantes durante uno de estos días de servicio en el comedor comunitario. Uno de ellos era un grupo de chicas muy tímidas que probablemente nunca habían salido de los alrededores de su vecindario. Se veían nerviosas, pero dispuestas a participar. La expresión de sus rostros parecía decir algo como: «Estas personas parecen diferentes a lo acostumbrado. ¿Cómo voy a hablar con ellas?». Se ofrecieron como voluntarias para repartir pequeños alimentos y, cuando llegó el momento de comer, las animé a sentarse con una persona desconocida. Se acercaron con cautela a una mesa donde había dos personas que no conocían, quienes permitieron que las chicas se unieran a ellas para almorzar mientras yo atendía otro asunto. Al terminar el almuerzo, las chicas ya habían intercambiado historias de vida con aquellas personas. Casi tuve que separarlos cuando llegó la hora de partir. Me di cuenta que habían comprendido algo hermoso, reflexionando que, en lo más profundo, todos los seres humanos somos iguales, y que quedarse sin hogar puede ser consecuencia de un solo acontecimiento inesperado. Ese día, las chicas experimentaron la compasión.

Otro grupo de estudiantes ese día era un grupo de chicos adolescentes, alegres y bulliciosos, deseosos de conversar y pasar un buen rato con los invitados del comedor comunitario. Antes de que se abrieran las puertas para el almuerzo, pidieron salir y pasar tiempo con las personas que estaban esperando para comer. Los acompañé. Inmediatamente comenzaron a hablar de deportes y a menear la cabeza al ritmo de la música rap que estaban escuchando nuestros invitados. Cuando llegó la hora del almuerzo, se sentaron con un señor mayor, quien les contó la historia de su vida. Los chicos aprendieron la misma lección que las chicas. Y, al igual que ellas, no querían partir. Decían: «Esta ha sido la mejor experiencia de servicio en la cual nos hemos involucrado».

Al final, la relación entre la Parroquia de San Francis y Trinity High School está enseñando a los estudiantes algo que jamás podrían aprender en un salón de clases: la compasión. Habrán muchos más estudiantes visitando a San Francis durante este año escolar. Estoy seguro de que recordarán esta experiencia para siempre, y que les ayudará a tener compasión por las personas menos afortunadas, tanto ahora como en su vida adulta.

—Padre Peter Rettig